

Anatole France

Plus je songe à la vie humaine, plus je crois qu'il faut lui donner pour témoins et pour juges l'Ionie et la Pitié.

(Del «Jardín de Epicuro»).

Uno de los ramos esenciales de la literatura francesa ha sido siempre la crítica, elevada por Saint Beuve, con su espíritu amplio, erudito y comprensivo a la categoría más alta de la creación artística. Taine le infunde su método científico y ensancha sus dominios con sus estudios de las literaturas extranjeras; Jules Lemaitre y Anatole France perfeccionan todavía el maravilloso instrumento y con ellos nace la crítica subjetiva, impresionista, que borda filigranas al margen de los libros, que toma las obras ajenas de pretexto, para narrar las sensaciones y recuerdos personales evocados entre las líneas.

Anatole France nació en 1844. En uno de sus volúmenes de la «Vida Literaria», en capítulo dedicado a Copée, refiriéndose a memorias autobiográficas del poeta, copia este párrafo: «Veía extenderse a derecha é izquierda, formando una curva graciosa, la calle Nuestra Señora de los Campos, una de las más tranquilas del barrio del Luxemburgo, una calle que entonces estaba a medio construir, en que las ramas de los árboles sobresalían por encima de las cercas de planchas de los jardines y tan quieta y tan silenciosa, que el paseante solitario podía oír el canto de los pájaros enjaulados».

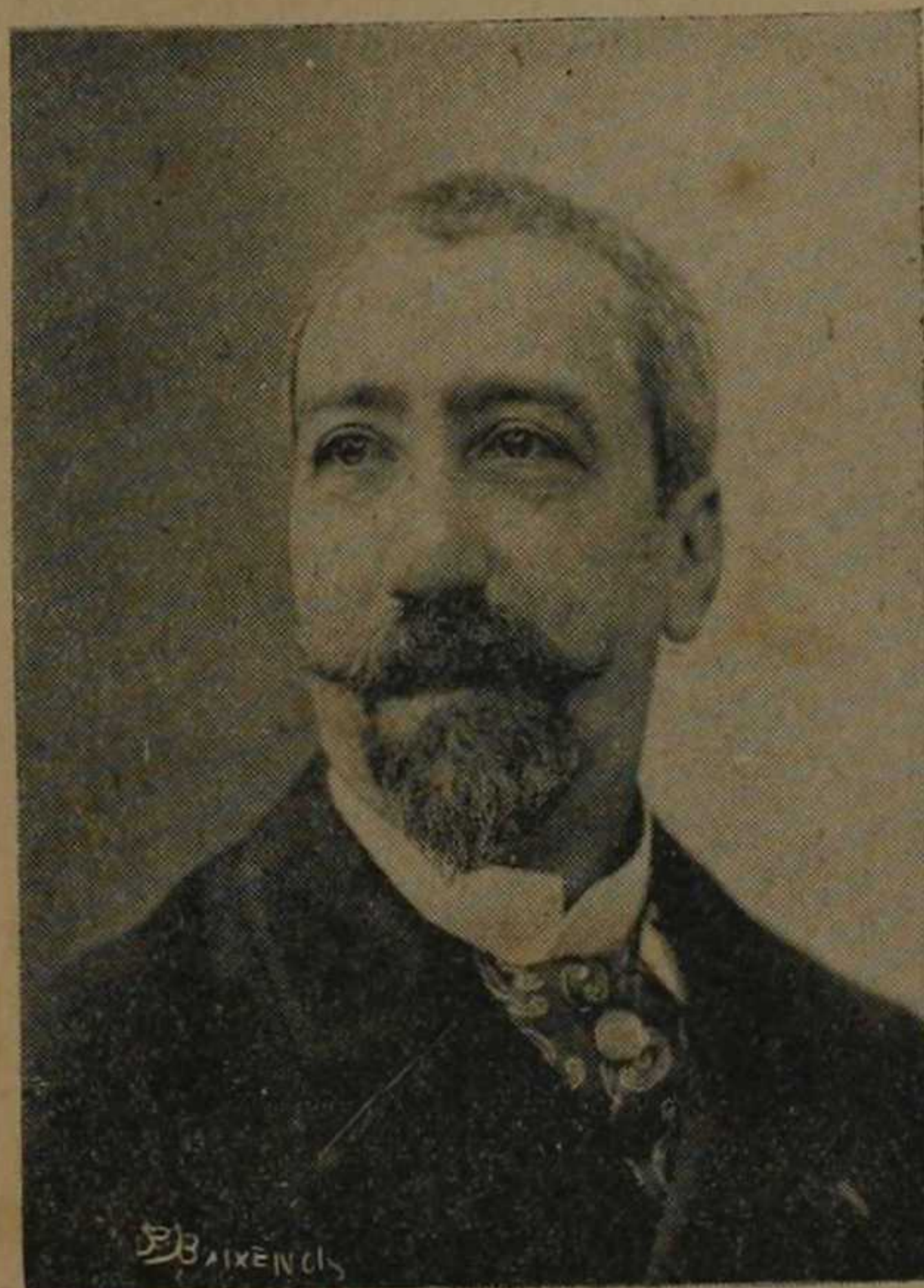
Y luego el comentario siguiente: «Mi querido Copée, cada una de esas palabras, cuyo significado comprendo o mejor dicho, adivino su sentido, misterioso, me produce un estremecimiento y me transporta como por encanto a los abismos deliciosos de los primeros años. No deseara apartar de la mente esta impresión. Y ¿cuál elogio más sincero puedo hacer de vuestro libro que decir las reminiscencias que me ha suscitado?»

«Antaño éramos Copée y yo dos mozalbetes muy inteligentes y formales. Dejarme mezclar fraternalmente mis recuerdos a los suyos. Fui criado a orillas de esos muelles en que los libros viejos forman parte del paisaje. El Sena que corría frente a mi casa me cautivaba por el encanto natural de las aguas, principio de las cosas y fuente de la vida; admiraba ingenuamente el milagro seductor del río, que durante el día conduce los barcos y refleja el cielo y por la noche se cubre de pedrería y de flores luminosas. Así, gracias a vuestro libro, querido Copée, me vuelvo a contemplar en mi tierna

infancia, mirando desde el *quai Voltaire* pasar los vaporcillos que flotan en el agua y respirando la vida con delicias y por lo tanto declaro, que es un excelente libro».

He traducido las límpidas frases anteriores, porque me parecen dar la síntesis del estilo y del criterio de esta crítica original.

Anatole France era un parisiense, cuya larga vida discurrió, casi sin interrupción dentro del marco de la



ANATOLE FRANCE

gran urbe luminosa y su inteligencia, su educación, sus maneras y costumbres estaban impregnadas de ese don de la ironía y la sutileza amable y refinada, que caracteriza a los hijos de Lutecia.

Su generación literaria fué la del Parnaso, que a fines del Segundo Imperio recibía la pesada herencia del Romanticismo. Brillan entre los poetas Leconte de Lisle y Sully-Prudhomme y se destaca entre otros, en los cenáculos del barrio latino y en las alamedas del Luxemburgo, Paul Bourget. Los jóvenes de aquel tiempo, a falta de libertades políticas, debatían sin cesar los problemas de la filosofía y del arte y las manifestaciones que en la naturaleza y en los libros impone la Belleza, proclamando el culto de la forma como dogma de la nueva escuela, que produjo por cierto poe-

mas y prosas de factura irreprochable.

Poeta, cuentista, crítico, novelista y finalmente apóstol de las ideas avanzadas, leader de la justicia, que figura al lado de Zola entre los partidarios de la rehabilitación del inocente, la personalidad de Anatole France es múltiple y analizar sus obras, que durante medio siglo han conquistado un puesto preferente en la literatura mundial sería empeño superior a nuestras fuerzas y tarea vana, porque las batallas han sido libradas y después de rudas lanzadas de adversarios de la talla de Brunetiére, su bandera salió definitivamente victoriosa.

La crítica ha querido negar a sus novelas la originalidad y se llegó al extremo de señalar las fuentes directas de su inspiración. En cambio, forzoso era reconocer la erudición pasmosa del escritor, constantemente acrecentada por su insaciable sed de lecturas, sólo comparable a la de los enciclopedistas del siglo XVIII.

Anatole France, dicen, es monótono. Sus libros nos dan siempre motivos sobre el mismo tema. Es el autor quien habla. Sus personajes, sea cual fuere su condición usan siempre una lengua culta y trabajada y nos dicen y repiten los temas filosóficos, sociales y políticos gratos al escritor, que no sale nunca de la escena. En cambio se admira sin reservas su aticismo, la tersura impecable de su prosa.

Al novelista, agregan, le falta el dón de creación; no infunde vida a sus personajes, simples polichinelas sin fisonomía característica. Inferior a Balzac, a Daudet, a Dickens, carece del privilegio de popularizar a sus héroes. No ha trabajado para la posteridad.

Estimo sin embargo que el señor Bergeret, el filósofo escéptico, profesor amante exclusivo de la ciencia, desventurado en su vida conyugal, que siembra a cada paso reflexiones marcadas por la quinta esencia de la sabiduría y de la moderación, tiene el soplo vital que necesita para perdurar en el recuerdo de los hombres; es una de esas fisonomías peculiares de la vida parisiense que se encuentran en las librerías, museos y Facultades, uno de tantos Inmortales del Instituto que viven con la mente ocupada por sus sueños y divagaciones y para quienes el mundo material y el caos son cosas semejantes. Pero también es cierto que el señor Bergeret tiene más de un punto de contacto con Anatole France, a quien se parece como un hermano y quizás por eso sea su criatura predilecta.

Se dice, finalmente, que el argumento es cosa secundaria en las novelas de este autor, que no sabe despertar interés apasionado, que no se